

casa fué invadida por toda suerte de animales domésticos, perros, gatos, puercos, huajolotes, gallinas, palomas, etc.; nadie, excepto yo, se incomodó por la presencia de aquellos animales, que daba á la habitación toda la apariencia de una verdadera Arca de Noé.

Me contaron cómo el día 28 de Abril de 1862, el reducido cuerpo de ejército que mandaba el General Lorencez había tomado por asalto las alturas de las Cumbres defendidas por el ejército mexicano. Deben haber escalado las montañas que, casi á pico, flanquean el camino. Los zuavos y los cazadores de á pié dieron allí pruebas de audacia y de resolución notables.

—Sólo el ejército francés puede permitirse esas gangas, me dijo el indio; nunca hubiéramos pensado que un ejército por aguerrido que fuese, llegara á escalar los flancos escarpados de esas montañas. Desde el momento en que ví las tropas de ustedes ocupar estas posiciones, los creí capaces de todo. Habiendo trepado hasta esas crestas que guarnecía el ejército juarista, este, espantado de tanta audacia, emprendió la fuga, abandonando esas posiciones que usted ve y que siempre se han tenido como inexpugnables.

El camino por donde hay que ascender á las grandes Cumbres es de una defensa tan fácil, que mil hombres con un cañón podrían detener á un ejército. Forma veinte y siete recodos, que juntos vienen á tener una longitud de cerca de seis kilómetros. La subida es muy ruda, la calzada, aunque descuidada, está en buen estado. En ciertos puntos se nota el efecto de considerables desplomes ocasionados por las minas que ha puesto en juego el ejército mexicano al batirse en retirada sobre Puebla, tan luego como supo que la cabeza de nuestra columna salía de Orizaba. Estos desplomes, sólo aumentaban las dificultades, pero no interrumpían la marcha hacia adelante, como pretendía el enemigo.

En mitad del camino aparecen las ruinas de una antigua fortaleza española, que servía de lugar de detención al propio tiempo que de punto de observación. Este lugar lleva el nombre de Presidio (baño ó galeras.)

Un arroyo de limpias y frescas aguas se ve correr á lo largo de los muros en ruinas de aquella construcción, antiguo recuerdo de la dominación española, lanzándose en primorosa casca-

da sobre el camino que serpea á cien metros más abajo. Esta caída de agua, aunque tenue, produce buen efecto en el cuadro. Desde la plataforma cubierta por las minas, se disfruta la vista de todo el valle de Orizaba que se extiende, con sus peladas campiñas, á una profundidad como de ochocientos metros. Este punto de vista es notable, y observado largo rato, produce vértigos. Vista desde allí la villa de Aculcingo parece una miniatura.

Minutos después habíamos llegado á lo más alto de las grandes Cumbres, franqueando de este modo el segundo escalón oriental de la cordillera á una altura de 2244 metros sobre el nivel del mar. Un viento fuerte y frío vino á advertirnos que tocábamos la región de las nubes y las brumas, lejos de la tierra caliente.

Vivaqueamos en *Puente Colorado* al pié de las pequeñas Cumbres, distantes de las primeras cerca de dos mil metros. Acabábamos de penetrar en el Estado de Puebla.

Puente Colorado es como un hoyo al pié de las pequeñas Cumbres, y estaba allí una guarnición para custodiar el puente que allí hay construido sobre un barranco en el punto de unión donde empalman los caminos de Puebla y Tehuacán. El suelo está desnudo y erial. Unas tapias en la entrada del puente, unos árboles sin hojas, un arroyo sin agua forman todo el paisaje.

Era en aquel entonces Tehuacán el cuartel general de una banda numerosa de guerrilleros cuyos puestos avanzados ocupaban las rancherías situadas sobre el camino. Para la seguridad de nuestros convoyes era necesario ocupar Puente Colorado de donde se podía recorrer un radio en contorno. Reina en aquellos sitios un viento constante y violento. Allí siempre tuvimos frío. Por primera vez desde que estábamos en México nos veíamos obligados á usar ropa de invierno y á agitarnos para entrar en calor. Una niebla muy densa se extendía tarde por tarde en aquel vallecillo, penetrándonos hasta los huesos. Todo estaba triste y desierto al rededor; no había cultivos; algunos árboles desnudos de follaje se mecían melancólicamente al antojo de los vientos allá en los cerros que en derredor forman del puesto aquel una especie de embudo; no hay una casa en toda la campiña.

El camino de Puente Colorado á Tehuacán es muy quebrado y desigual, teniendo ocasión de recorrerlo cuando fuimos á aquella ciudad, ocupada por el enemigo, emprendiendo la fuga aquellas hordas, como acostumbran, al aproximarnos, sin que nuestra expedición diera otro resultado que hacernos conocer aquel rico país.

Tehuacán es cabecera de Distrito, siendo una ciudad bien construida y distante como veintiocho leguas de Puebla, de la cual es uno de los graneros más abundantes. Aunque con la fisonomía propia de todas las ciudades mexicanas, adviértese en sus habitantes mayor comodidad y bienestar. Las calles están limpias, siendo rectas y bien trazadas y regularmente pavimentadas. Su clima es delicioso, el aire puro y el cielo sereno y hermoso. Los únicos monumentos capaces de llamar la atención, como en todo el país, son los templos ricamente decorados. La población parece poco simpática, por sus preteusiones linajudas.

Después de haber permanecido una semana en Puente Colorado, levantamos el campamento para irnos á Morelos ó Cañada de Ixtapan, habiendo que franquear las pequeñas Cumbres por un camino que forma catorce recodos menos agudos y más cortos que los de las grandes Cumbres. Era muy pintoresco de ver, con un tiempo hermosísimo, en aquel terreno abierto, á nuestra columna ir culebreando al atravesar la montaña por aquellas trochas en zigzag. La cabeza de nuestra columna llega á la meseta de arriba y la cola aun se hallaba en el campo.

Digamos alguna palabra sobre el Estado de Puebla, cuyo suelo empezamos á pisar y donde pronto tendrán lugar acontecimientos que influirán en el porvenir de la nación mexicana.

Aquel Estado en otro tiempo extendíase de Norte á Sur formando una extensa faja cuyas extremidades tocaban por un lado el Océano Pacífico y por el otro el Golfo de México, dejando á un lado los Distritos de Tlalpan y Ometepepec para formar el Estado de Guerrero, y separando el Distrito de Tuxpan para unirse al Estado de Veracruz. Actualmente el Estado de Puebla presenta una forma más regular; limita al Nor-Este con el Estado de Veracruz, al Oeste con el de México y el Territorio de Tlaxcala y al Sur con los Estados de Oaxaca y Guerrero. La parte Oeste del Estado, limitada por la gran Cordillera que cierra el valle de México, ofrece un terreno

anfractuoso cuyas principales cimas son el Iztatehuatl y el Popocatepetl, prolongándose estas alturas con una ligera inclinación hacia el Sur, en dirección á las comarcas montañosas de las Mixtecas. El mismo aspecto presenta el suelo al Oeste y al Norte en donde se elevan el Pico de Orizaba y el Cofre de Perote. En medio de estas ondulaciones del terreno se encuentran las vastas llanuras de San Martín Texmelucan, Puebla, Atlixco y los *Llanos* en donde apenas se advierten ligeras depresiones del terreno, pudiendo extenderse la mirada á distancia considerable. El clima del Estado de Puebla es tenido por muy sano; disfrutándose de temperatura varia según el lugar en que se habita.

En efecto, las llanuras que del Este al Oeste se prolongan entre San Martín y Tecamalucan, tienen un clima templado inmejorable; en tanto que los llanos de Atlixco, aunque á ocho leguas de distancia, son ya calientes; Matamoros Izúcar; situada á diez leguas, aún más caliente ya en el Sur; aumentando todavía la temperatura al acercarse á la Mixteca por las fronteras de Guerrero. Y al contrario; no bien se ha traspasado la llanura de Taxco, en el territorio de este nombre, penetrando en las montañas, cuando ya se hace sentir muy fría toda aquella parte situada al Norte. Hiela allí con frecuencia y hay puntos donde la nieve dura muchos días sin fundirse, porque la temperatura en México no tanto depende de la elevación polar, cuanto de la altura del suelo sobre el nivel del mar. Así algunos pueblos situados en la cima de los montes más altos, aunque solo unos cuantos grados distan del Ecuador, tienen inviernos muy rigurosos.

El Estado de Puebla es rico en minas de oro y plata, y sus habitantes son agricultores por excelencia. Coséchase trigo de buena calidad, maíz que tiene la propiedad de no picarse, cebada y en general, los productos de las tres zonas. En el Distrito de Atlixco es la tierra tan feraz que en los años buenos rinde el trigo á razón de setenta cargas por una. En Tehuacán se cultiva también la vid, siendo esta de tan buena calidad que ofrece un porvenir á la industria vinícola. En tiempo de la dominación española, reservándose para sí la metrópoli el derecho de abastecer de vinos á sus colonias de América y lo

mismo de aceite, el cultivo de los viñedos y olivares estaba formalmente prohibido.

El algodón del Estado de Puebla es con mucho superior al del Brasil y al de Mobila en los Estados Unidos del Norte.

Se cría en todo el Estado ganado de todas clases, caballar, mular, bovino, lanar, etc.

VIII.

Vivaque en la Cañada de Ixtapan.—Combate de caballería en Tepeaca.—El maguey.—El pulque.—San Agustín del Palmar.—Quecholac.—El bandido Carvajal.

El tramo de camino que hay desde las Cumbres á la Cañada es muy malo. Un polvo ceniciento y finísimo cubre el suelo á una profundidad de medio metro, hundiéndose en él cualquiera hasta las rodillas. Todas las penas del mundo pesan sobre el pobre infante que tiene que marchar por encima de aquel océano de ceniza. A la derecha extensas selvas de sabinos, habitadas por innumerables bandadas de coyotes. Una extensión inmensa de terreno erial; casas miserables y destaladas; montículos de arena que el viento hace undular como hace con las olas del océano; tal es el aspecto que ofrecen los alrededores de la Cañada. De trecho en trecho, á guisa de postes telegráficos, elévanse los altísimos tallos de los magueyes, produciendo en aquel tristísimo paisaje un efecto asaz original. Escudriñando aquel horizonte detiéndose la mirada en una fila de montañas sin verdor, á cuya falda descansan algunos pueblecillos que se pierden entre los torbellinos de polvo que incessantemente obscurecen el espacio. Añádase á este cuadro el sol de plomo que nos abrumaba y se tendrá cabal idea del poco atractivo que nos inspiraba el espectáculo de aquella desolada naturaleza.

¡Cuán lejos están ya de nosotros aquellas riquezas de vegetación de la tierra caliente, aquellas verdes y floridas praderas de Córdoba, regadas por arroyuelos que juguetean en todas direcciones y aquellas grandiosas plantaciones de tabaco y maíz de los pintorescos alrededores de Orizaba!

La villa ó pueblo de la Cañada es tan triste como la campiña que la rodea; las casas mal construidas y sucias, las ca-

llas tortuosas, lo cual sale del orden común en México, donde es notable el alineamiento de las calles.

Los habitantes tienen un aire feroz y repulsivo. Allí no se consiguen artículos de consumo de ningún género, no estando provistas las tiendas más que de aguardiente de caña, que cuesta muy poco, y embriaga de una manera sorprendente y peligrosa, de tal modo que muchas veces nuestros jefes tuvieron que prohibir totalmente á los comerciantes su venta. Los soldados que se embriagaban con aquel licor, á un grado muy alto de alcoholización, entraban inesperadamente en accesos de furia que les inducían á cometer las mayores locuras. El indio mismo se embriaga con ese líquido, del cual bebe apasionadamente hasta caer en un estado de postración rayana del idiotismo. Todos los domingos entréganse con desenfreno aquellos desgraciados á tan funesto vicio, resultando de tales excesos el embrutecimiento, cuyas señales se dibujan en sus semblantes.

La tarde que llegamos á la Cañada recibimos excelentes noticias de las tropas que componían la División Douay, traídas de tres jornadas más arriba, en las cercanías de las avanzadas enemigas.

El día 18 de Febrero, un reconocimiento dirigido sobre la villa de Tepeaca por el coronel L'Herillier, del 99º de línea, salió de Los Reyes al despuntar del día. Dos escuadrones del 2o. Regimiento de Cazadores de Africa á las órdenes del valiente capitán de Foucauld precedían la columna. Al llegar cerca de la Hacienda de San José nuestros caballos encontraron muchas hordas de guerrilleros que, perfectamente emboscados, les sorprendieron con un fuego de tiradores muy nutrido. El capitán de Foucauld recibe la orden de desalojar de sus posiciones á aquellas guerrillas, é inmediatamente este valeroso oficial reúne sus pelotones y carga sobre los guerrilleros, los cuales con prontitud se repliegan sobre cuatro grandes escuadrones del regimiento de caballería de Zacatecas que les servía de apoyo. Después de haber reconocido la debilidad numérica de nuestros caballos, el enemigo marcha á su encuentro profiriendo amenazas y denuestos, pues tienen esta costumbre los soldados mexicanos, figurándose amedrentar así á sus adversarios. Probablemente aun no habían medido sus armas con nuestros intrépidos cazadores de Africa

aquellos zacatecanos escuadrones, que en número de quinientos hombres, mandados por su coronel Don Miguel Auza, se habían figurado dar pronto al traste con aquellos dos pelotones que no presentaban más que un efectivo de cuarenta y ocho ginetes. Hubo un momento de vacilación, de calma profunda de una y otra parte, estando frente á frente. Repentinamente resuena una vigorosa voz de mando, diciendo: "¡carguen!" dada por nuestros oficiales, lanzándose los primeros sin vacilar. Los cuarenta y ocho, sable en mano, precipítanse con bravura sobre los zacatecanos escuadrones. A pesar de tan flagrante inferioridad numérica, todo lo arrollan después de una sagriente brega; el enemigo, en completo desorden, es perseguido largo rato, picándole los nuestros la retaguardia, hasta que un refuerzo considerable le llega; entonces repliégame detrás de un ancho vallado, dirigiendo desde allí vivo fuego de fusilería sobre nuestros pelotones. Estos no retroceden, mas el capitán, dejando resollar un poco á los hombres y á los caballos, y contando más con sus sables que con el fuego de sus fusiles, vuelve á la carga, con la confianza que inspira la certeza del triunfo, sobre los escuadrones mexicanos; la refriega se hace otra vez general, mas al fin el enemigo titubea, rómpanse sus filas y acaba por dispersarse, dejando en el campo treinta y ocho hombres entre muertos y heridos, un oficial y ocho soldados prisioneros y buen número de caballos, lanzas y fusiles.

El terror que se apoderó de la caballería zacatecana fué tal, que corriendo á escape y sin parar hasta llegar á Amozoc, cerca de veinte kilómetros, lejos del sitio del combate, referían con asombro ser tal la pujanza de nuestros cazadores de Africa, que de cada sablazo hacían rodar sendas cabezas derribadas.

Tan brillante hecho de armas, digno de figurar entre los más gloriosos de nuestros fastos militares, había por desgracia costado la vida á tres bravos sargentos, los primeros que acometieron á los escuadrones enemigos todavía intactos. Sus nombres fueron conmemorados en el ejército: S. S. Chavannes, Dermianne Le Gou.

El general en jefe puso á la orden del ejército aquel encuentro, haciendo justicia á todos los que en él habían tenido participación, en estos términos:

"En este combate, que redunda en grandísimo honor del capitán Foucauld, por la resolución con que acometió al enemigo, que era diez veces más numeroso que su tropa, todos, así oficiales como sargentos y cazadores, han cumplido noblemente su deber, mereciendo, sin embargo, algunos por su intrepidez particular mención; y son, á más del S. Foucauld, el teniente Vuillemot que mandaba el pelotón que se encontró más seriamente comprometido. El subteniente Páloré, y el cazador Bougeard gravísimamente herido; el mariscal de aposentos Carpentier, el cazador Béchamp, quien salvó la vida á su mariscal de aposentos, el cazador Kellingger, el brigadier Lipperville, el cazador Robin, que de un pistoletazo dió muerte al soldado de caballería mexicana que acababa de ofender al capitán de Foucauld, y por último al mariscal de aposentos Ratat."

La hora de la lucha había por fin sonado; pocos días y cada uno de nosotros iba á recibir por su parte la porción que en los peligros le tocara, y el papel que en las batallas debía representar.

Saliendo de la Cañada de Ixtapa, en los bordes del camino se vé á derecha é izquierda, magueyes inmensos en sazón. Entre las producciones de la Mesa Central, es esta ciertamente la que más excita la curiosidad de un extranjero. Es el maguey una planta crasa que tiene, en extensión, todo el alcance del áloe, y cuyas hojas y raíces tienen propiedades medicinales. El maguey produce el pulque, bebida desagradable y favorita de los indígenas en todo México, excepto en las provincias al Norte, donde el maguey no vegeta.

El pulque se cosecha en la época en que la savia es más abundante, y sorprende ver la cantidad de jugo que cada planta produce. Es una verdadera fuente vegetal que mana incesantemente durante algunos meses, pudiendo una sola planta, siendo vigorosa, suministrar diariamente más de siete litros de líquido, ó cerca de mil litros en cinco meses. Una hectárea de terreno plantada de magueyes, contiene cerca de tres mil plantas, pero apenas llegarán á doscientas cincuenta las que producen, reservando las otras para explotarlas de año en año sucesivamente y por docenas, ni más ni menos que como en Europa se practican en los bosques los cortes de madera he-

chos en regla. Este cultivo es tanto más rico cuanto que no está expuesto á las vicisitudes atmosféricas. Es fuente de comodidades y aun de fortunas considerables, especialmente para la raza indígena que á él se dedica. El barón de Humboldt refiere de una india de Cholula que dejó á sus hijos plantíos de maguey cuyo valor no bajaba de cuatrocientos mil francos. No más que hay que esperar la madurez, porque las plantas nuevas no producen sino al cabo de cinco años en terrenos féculdos, y en los más áridos hasta los diez y ocho años.

Inmenso es el consumo de pulque en las altas planicies; los derechos de introducción y consumo de esta bebida en las ciudades produce á las rentas del Estado grandes rendimientos.

En todas las ciudades y hasta en los pueblos cortos y en los caminos públicos se encuentran por donde quiera *pulquerías*, tabernas donde se expende pulque, constituyendo el cantón de los borrachos y la gente perdida, divisándose por doquiera vastísimas llanuras plantadas de magueyes alineados con regularidad perfecta. Son los viñedos mexicanos, cuya vegetación cenicienta y descolorida está muy lejos de presentar esa risueña perspectiva de nuestros alegres viñedos en las laderas de Borgoña ó en las pintorescas orillas del Ródano. Hay también viñas, como en Francia, siendo famosas las de Cholula, Toluca y Hocotitlán; pero los grandes bebedores prefieren siempre el líquido de los *Llanos de Apam*.

Muchos de nosotros, incluso yo en ese número, después de gesticular horriblemente al apurar el primer vaso de esta bebida singular, hemos acabado por darle la preferencia sobre las aguas más claras de las fuentes; y por el contrario, gran número de camaradas nuestros han experimentado una repugnancia invencible hacia este breverage que, fuerza es confesarlo, nada tiene de agradable para estómagos europeos.

La avenida por donde se llega á las primeras casas de San Agustín del Palmar, al Este, es muy curiosa de ver. Representémonos de cada lado del camino una palizada formada por unos tallos largos, verdes, acanalados, guarnecidos de punzantes espinas á lo largo de las canaladuras, sin ramas aquellos tallos y enteramente desnudos; plantas de la familia de las cacteadas de América. Las casas y las huertas están cercadas con estas plantas que se elevan á tres ó cuarto metros de altura.

El Palmar es un pueblo grande en cuyo centro hay una inmensa plaza cuadrada que sirve de mercado. Los indios de los ranchos vecinos llevan allí grandes cantidades de legumbres, cereales y frutas, de suerte de poderse abastecer de provisiones fácilmente. La población es enérgica organizándose en milicia para defenderse de las hordas de bandidos que ejercen el pillaje en nombre de la patria. Uno de los costados de la plaza ocupa la Iglesia principal que es vasta y bien construida.

Fuimos perfectamente acogidos en San Agustín del Palmar.

El camino de Quecholac es muy monótono, y más que todo, muy fatigoso; arenal por todas partes. Los campos presentan por aquí mejor fisonomía que más abajo, y la vegetación parece que recobra el vigor perdido. El terreno es abundante en caza; á cada paso bandadas de liebres salen corriendo de entre los matorrales. Las liebres de aquella comarca son enormes; tienen largas y delgadas las piernas y grueso y prolongado el cuerpo; la carne es muy buena, pero inferior en clase á la de nuestras buenas liebres de Bretaña.

La etapa de Quecholac nos pareció larga y ruda; el sol abrasaba; el calor sofocante que tuvimos en camino tan largo y molesto contribuyó no poco á aumentarnos el cansancio, llegando al vivaque extenuados. Una parte de la división acampó en los alrededores y otra en el centro mismo de la villa, en los inmensos corrales de las casas.

Quecholac es un pueblo de cerca de dos mil almas, bien situado al pié de una serie de montañas que lo ponen al abrigo de los vientos del Nor Oeste. La disposición de estas montañas hace que se establezcan corrientes impetuosas y continuas que acarrear en pos las lluvias tempestuosas, así es que en los alrededores llueve rara vez, siendo en cambio recios y copiosos los rocíos con lo que la tierra adquiere gran fertilidad.

Allí ví á un digno sacerdote, verdadero apóstol, predicando con su ejemplo todas las virtudes cristianas, sin huir de la sociedad, á la cual enseñaba á practicar el bien.

En muchas ciudades de México he oído que se habla muy mal del clero mexicano; parécenme murmuraciones exageradas, y, sin que yo pretenda combatirlas, debo declarar aquí que siempre á mi paso encontré con sacerdotes respetabilísi-